

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

Dominica 4.^a de Adviento.

Et venit in omnen regionem Jordanis, prædicans baptismum Penitentie in remissionem peccatorum.

LUC. III.

Por toda la antigüedad, en todas las páginas de la Historia sagrada y á través de todos los siglos resuena la voz de Dios y nada recomienda con mas eficacia, nada inculca con mas insistencia, nada exige con mas severidad que la Penitencia; la penitencia como médio necesario al hombre para su rehabilitacion, cómo necesaria medicina para que el mundo recobre la salud perdida por sus desórdenes y prevenciones. Y cuando llega la plenitud de los tiempos, preséntase en las riberas del Jordan el austero morador del desierto, el pre-

gonero de la nueva ley, el heraldo del Rey de la gloria, el Precursor del Hijo de Dios, y dá comienzo á su predicacion, diciendo: Voz del que clama en el desierto: preparad el camino del Señor, haciendo frutos dignos de penitencia.

La Penitencia es el asunto de sus discursos. Penitencia predica en las ciudades y en las aldeas, en los montes y en los valles, y en los caminos, y á la orilla de los rios. La Penitencia predica al pueblo, la Penitencia recomienda á los grandes y á los pequeños, á los paisanos que bajan de las montañas de la Judea y á los militares que salen de las plazas fortificadas en busca del famoso orador, que se alimenta con langostas y va vestido de pieles. Penitencia es su clamor cons-

querido dejarle en cambio la independencia que proporcionan el talento y el trabajo. Susana pinta y al lado de su protectora, contempla con ella, un cuadro que acaba de terminar y que destina á la Exposición.

Amada lo examina atentamente, sonríe y dá muestras de aprobacion, mientras Susana experimenta el temor natural de un autor cuya obra vá á ser juzgada.

Hija mia, la dijo al fin, tu cuadro es el mejor que has hecho, la rosa blanca está admirablemente colocada, el geráneo de un exacto colorido, la azucena pintada con delicadeza, todo el grupo está bien combinado, si no me engaño este cuadro te abrirá un porvenir.

—Ojalá acierte V. querida tal este era el nombre, que Susana daba á Amada. Me alegraría tanto, de ganar dinero, de adquirir mi reputacion, porque sé lo dichosa que V. sería....

—Oh! si hija mia, podría entonces morir en paz.

—Morir V.! exclamó Susana echándola los brazos al cuello, ya no tendría gusto para nada. Viva usted si quiere que yo pinte, que esté alegre y que viva.»

Estaban conmovidas las dos.

«Sea lo que Dios quiera, repuso Amada, me he entregado enteramente en sus manos, lo único que pido á su bondad, es que cuando yo falte, de nadie necesites. Que decidirá el Jurado de la Exposición? Ah! si yo formara parte!

—Sería preciso excluir á V. porque su voto no sería bastante imparcial.

—No se trata ahora de imparcialidad; aunque no he hecho mas que pintar la-

zas y platos de porcelana, entiendo algo de pintura y declaro que en tu cuadro hay belleza, verdad... parece que el aire mueve esas hojas y que se nota el perfume de las flores.

Susana experimentaba el desaliento del artista que no ha podido realizar mas que imperfectamente, la idea creada por su imaginacion, miraba su cuadro con tristeza; pero habia llegado la hora de embalarlo y enviarlo al Jurado; esperó con incertidumbre y afán la noticia de haber sido admitido, no porque ambicionara la fortuna si no para devolver á su madre adoptiva una parte de lo mucho que habia hecho por ella.

El cuadro fué admitido con grande alegría de ambas, pero desconocidas, solas, sin relaciones, sin protectores, ningun periódico habló de él para elogiarlo ni criticarlo, ninguna revista ilustrada lo reprodujo, ni se presentó comprador y la jóven artista, pasó las noches de insomnio, preguntándose cómo podría realizar sus aspiraciones, proponiendo á Amada en sus últimos años el descanso y el bienestar y emplear útilmente el arte que la habia enseñado, á costa de tantos sacrificios y privaciones. ¿Cómo pagar aquella deuda sagrada?

La Exposición iba á cerrarse y las dos amigas no se atrevían á comunicarse el desencanto producido, por no ver realizadas sus esperanzas: cada cual pensaba para sí, Amada en el porvenir de Susana y ésta en lo que hubiera querido hacer por su segunda madre. Había empezado otro cuadro cuando oyó llamar á la puerta; era un acontecimiento porque no vi-

Se echó á llorar de nuevo; Amada la prodigó mil caricias y exclamó para sí: «Si mi madre ve desde el cielo lo que hago, lo aprobará.

Cuando la niña estuvo vestida, dijo poniéndose de rodillas.

Voy á rezar como lo hacía todas las mañanas con mi pobre mamá. ¿Quiéres V. rezar también conmigo?

Amada, un poco turbada, no se atrevió á negarse y empezó lentamente el Padre nuestro.

Cada una de las palabras santas, que frecuentemente había repetido, sin fijar su atención, adquiría en aquel momento un nuevo sentido para ella y cuando llegó al versículo: Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores, una impresión desconocida y deliciosa, conmovió su corazón y la hizo derramar lágrimas más dulces que todas las que habían derramado sus ojos desde su infancia. La promesa de Evangelio se cumplía; se servía Dios con ella de la misma medida de que ella se había servido, para con su prójimo.

Diremos juntas nuestra oración de la noche y la mañana, dijo levantándose conmovida y dichosa.

Los primeros días Susana lloró mucho, después su dolor se calmó aunque el olvido nunca borró en su corazón el recuerdo de su madre. Pero era tan tiernamente amada por su madre adoptiva que no pudo menos de encontrarse feliz. Todo el amor y la vehemencia del alma de Amada, toda la necesidad insaciable de cariño, que había sido el tormento de su vida, se concentraron en la niña que Dios la había enviado; el desierto de su

alma se había animado y embellecido para siempre, cubriéndose de flores y perfumes.

Dió mucho: pero recibió todavía más.

Quiso educar bien á Susana y aunque desde mucho tiempo antes, tenía descuidadas sus prácticas religiosas, sabía que para hacer á la niña dichosa y conservar le su pureza era precisa la fé. La hacía orar y la emoción que experimentó por primera vez al rezar el Padre nuestro, se la renovó menos viva, pero igualmente profunda; llevó á Susana á la Iglesia y al traspasar el dintel, la pareció entrar de nuevo en la casa de su padre, locamente abandonada; la enseñó el catecismo y se instruyó á su vez en la santa doctrina. Aquel trabajo fué lento y silencioso, pero sólido; llegó un día en que según la expresión de David, después de haber *repassado su vida en la amargura de su corazón*, Amada fué á arrodillarse á los pies de un sacerdote para confesar sus culpas y alcanzar su absolución.

El día siguiente fué el más hermoso de su vida, se postró ante la mesa sagrada y recibió al que enjuga nuestras lágrimas y desde aquel momento, en paz con su conciencia, elevando su corazón á Dios y alimentado su espíritu por las santas enseñanzas, empezó á preparar con tiempo á Susana para su primera comunión. Desde aquel momento también, Amada no se quejó ya de haber vivido y los años le parecieron muy cortos.

Han pasado tranquilamente algunos años. Amada ha envejecido y empieza para Susana la juventud; la primera no pudiendo dejarla una pequeña fortuna ha

marido no tiene mas que un corto sueldo.....

Me llega al corazón el verme obligada á abandonarla, es tan simpática y tan cariñosa!

—Se que la junta de beneficencia se encargará de ella; pero tiene necesidad de afecto porque es muy sensible.»

Amada, mientras escuchaba atentamente á la vecina tenia á Susana junto á ella que apoyaba la cabeza en su hombro y la estrechaba fuertemente en sus brazos.

«Sola! repitió, no! no se quedará sola vendrá conmigo, y nunca la abandonaré! ¿Oyes Susana? desde hoy seré tu madre; te lo prometo!

La niña levantó su rostro inundado de lágrimas y dijo dulcemente.

—Oh sí! gracias señora!

—Carolina, llévatela un momento á casa dijo la vecina á su hija; que obedeció al instante.

Hareis una buena obra de caridad proseguió, esa niña es de buena familia, está bien educada y sufriría mucho si la encerraran en un hospicio, entre niñas groseras y sin educación. Su madre habia conocido mejores tiempos; pero ya no le quedaba nada y sus últimos momentos han sido tristes, pensando en la suerte de su hija. Rogaba sin cesar á Dios por su pobre Susana. Ah! si hubiera sabido cuán grande era su bondad!..... La conocía á V. por lo mucho que le hablaba la niña.

—Querria llevármela ahora mismo respondió Amada que no gustaba de los elogios ni de largas conversaciones; dejó á V. mi tarjeta con las señas de mi casa,

para que si se presenta algun pariente sepa donde está la niña.

—Está bien, voy á entregar á V. los papeles de la señora de Bruyère y su reloj de plata..... es casi lo único que poseia con el piano y algunos muebles.»

Y tomando un legajo de papeles timbrados que estaba sobre la mesa, donde se habia extendido el acta de defuncion y el reloj los entregó á Amada que se acercó al lecho y descubrió con mano firme, el rostro de la muerta contemplándola con piadoso respeto.

La enfermedad y la muerte habian impreso sus huellas en las facciones de aquel semblante jóven aun y que habia sido encantador, pero el sufrimiento no habia podido destruir su dulce serenidad á la que comunicaba su grave majestad la muerte.

«Descansa en paz! dijo Amada en voz baja; la querré siempre, descansa en paz!»

Dejó caer la sábana cubriéndola el rostro y roció el cadáver con agua bendita, mientras la vecina rezaba de rodillas.

«Me voy, dijo, volveré mañana.»

La pobre Susana rendida por aquel dia de dolor y sin darse cuenta de lo que iba á ser de ella se dejó guiar dócilmente por Amada.

La fatiga, la necesidad imperiosa de reposo dominaba á todas sus impresiones; su mismo dolor estaba vencido y cuando llegaron á casa de la señorita de Héribert se dejó desnudar sin decir una palabra y rendida por el sueño, apenas se acostó se quedó profundamente dormida; á veces sin embargo un suspiro cortaba su igual respiracion, como si en

sueños hubiera visto á su madre moribunda dándole su último adiós.

Amada se sentó junto al lecho y durante largo tiempo la contempló dormida. Se admiraba de lo que habia hecho, introduciendo un ser humano, en aquella habitacion, en la que nadie habia penetrado hacia mas de diez años; se admiraba de sentir en su corazon un manantial de abnegacion y amor, de lo que se felicitaba porque al fin vivir para otro es verdaderamente vivir. Permaneció abismada en sus reflexiones hasta que dieron las doce en su reloj, Susana seguia durmiendo, corrió las cortinas y Amada que no tenia sueño se puso á examinar y á poner en órden los papeles que le habian entregado de la huérfana.

Allí se encontraba la partida de defuncion de Alfonso Bruyère profesor de un colegio de Paris y su partida de casamiento con Susana.—María Clerémbault. Aquel apellido hizo estremecer á Amada, lo leyó repetidas veces y buscó con mano agitada, la partida de bautismo de Susana María, madre de la niña. Susana —María era hija de Carlos Clerémbault, agente de negocios en Paris y Amada comprobando los nombres y las fechas, se persuadió al momento de que su hija adoptiva, era nieta del agente de negocios que habia arruinado á su familia y atraído sobre ella una larga serie de desgracias, cuyas consecuencias sufría aun.

Aquel descubrimiento la conmovió fuertemente y al instante, los resentimientos de su vida toda, se agitaron en su corazon: se habia acostumbrado en el espacio de tantos años á aborrecer á aquel hombre y á todo lo que le pertenecia y era su nieta, su sangre, la que dormia tranquila en el lecho, donde habia visto morir á su madre, afligida por la pobreza, que él, las habia causado!

Era en el hogar despojado por él donde su nieta se albergaba! ¡Era en fin, Amada sobre la que su perfidia habia

acumulado todos los dolores, la que iba á servir de madre á la hija de su hijal...

Pues bien, sí! Amada reflexionó, luchó y se decidió al fin. No rechazaria lejos de sí á la niña que la habia amado y cuyas inocentes caricias habian conmovido su alma, concentrada y triste. Si habia deseado la venganza, no estaba bastante vengada ya? Las hijas del usurpador no habian sufrido á su vez la miseria que habia hecho pesar sobre ella? Pero no era ni aun el orgullo de una noble venganza lo que la inspiraba; era un sentimiento mas dulce, una compasion profunda, una ternura inefable hacia aquella niña, que se habia entregado á ella.

«La amaré, la educaré y no la revelaré nunca, lo que su abuelo nos ha hecho sufrir, dijo Amada para sí, no sabrá nada mas, sino que es mi hija y que soy su madre.»

A la mañana siguiente cuando los primeros rayos del sol penetraban por entre las blancas cortinas del lecho. Susana se despertó y sorprendida examinó la habitacion donde se encontraba; sus ojos vagaban desde el retrato del capitán Héribert al trofeo formado con sus armas y su cruz de la Legion de honor, desde los viejos muebles del imperio, hasta la mesa de trabajo cubierta de colores y pinceles; interrogaba á todo sin darse cuenta. La presencia de Amada, despertó sus recuerdos y sus pesares, y se echó á llorar tendiéndola los brazos Amada se sentó junto á ella, la abrazó con mas ternura aun que la vispera y la dijo con singular dulzura:

«Hija mia desde hoy seré tu madre, no te separarás de mí, ya sabes lo mucho que te quiero.....»

—Cuantas veces se lo decia á mamá!.. respondió Susana; si hubiera sabido que V. iba á quererme tanto, no habria estado tan triste ayer y los demás dias, por que decia con frecuencia. «Mi pobre Susana ¿qué va á ser de tí? Pero está cerca de Dios y él se lo dirá.»

acompañada de un verdadero dolor de los pecados cometidos después del Bautismo, ó desde la última Confesion, con propósito firme de no volver á cometerlos. La Penitencia como virtud nos mueve á detestar los pecados, y llevar con sigilo el propósito de evitarlos en adelante y de expiarlos con actos de verdadera satisfaccion. Detestacion, propósito, satisfaccion, mudanzas de vida, hé aquí la Penitencia como virtud, necesaria con la Confesion auricular, ordinariamente hablando, para alcanzar la remision de la culpa, para recobrar la amistad de Dios, y los derechos anejos á la divina filiacion que nos confiere la gracia santificante.

La penitencia, pues, incluye en su naturaleza un dolor sério y constante de los pecados cometidos que necesariamente debe obrar en el hombre una transformacion interior y exterior, de modo que sea y aparezca como un hombre nuevo, con nueva vida, nuevos pensamientos, nuevos deseos y nuevas obras. ¿Bastará cualquiera detencion y ódio del pecado para tener por verdadera nuestra penitencia? Si así fuese, tendríamos á Judas por verdadero penitente, puesto que confesó su crimen, y devolvió el

precio de su infame traicion. *Pecavi, tradens sanguinem justum* (1). De donde se colige que la verdadera penitencia se dará á conocer, no solo por el aborrecimiento interior del pecado, sino por un cambio radical de las costumbres, por sus saludables efectos, visibles en todo el tenor de nuestra vida, esto es, por sus frutos. ¿Cuáles son estos frutos dignos de la verdadera penitencia? Hé aquí un inventario de los mas principales. Estadme atentos.

(Se continuará.)

Z. M.

VARIETADES.

AMADA.

(CONCLUSION.)

—Y la familia de la señora de Bruyère? Preguntó Amada en voz baja.

—No la conozco los pobres tienen pocos parientes y era bien pobre la infeliz señora! Se ha matado dando lecciones de música en todo tiempo y á todas horas! Era una mujer muy digna y bien puede decirse que la niña al perderla lo ha perdido todo.

—Cómo! sola en la tierra y pobre! dijo Amada pensando en su propia existencia.

—Si señora: hemos gastado lo único que quedaba para comprar la caja, van á llevársela ahora mismo. Con la mejor voluntad me llevaría á Susana á vivir con nosotras; pero tengo seis hijos y mi

(1) Matth. 17.

tante, y la penitencia como necesaria para la salud y la vida es el tema principal de sus fogosas predicaciones. ¿Por qué tantos clamores, y tanta insistencia, y tantos llamamientos en favor de la penitencia? Oid atentamente para que penseis de corazón. Esta voz resuena en todas las páginas sagradas, y á través de todos los siglos, porque siendo la penitencia tan necesaria, apenas encontramos verdaderos penitentes en los antiguos como en los modernos tiempos. No tengais por exageradas mis palabras. Hay que repetirlo; aunque con amargura del alma: apenas hay en el mundo verdadera y sincera penitencia; raros, muy raros son los verdaderos penitentes, siendo tantos los pecadores y delincuentes. No lo digo de mí, sino con palabras debidas á San Ambrosio: Fácilmente encontré hombres que han conservado la inocencia, pero no es tan fácil hallar pecadores que hayan hecho verdadera penitencia. *Facilius inveni, qui innocentian servaverint quam qui congruè egerint penitentiam* (1) Hay que decir la verdad, aun amarga, aun terrible, aun pavorosa porque ella es la que salva. Y la verdad es que hay muchos pecadores pero pocos penitentes.

No hablamos á los que no se confiesan, á los que niegan los sacramentos, y rechazan impíos y blasfemos las medicinas de la Redención, porque éstos no quieren oír: algún día les hablará Dios, y oirán á su pesar la sentencia de su perdición. Me dirijo en este momento á esa multitud de cristianos que se confiesan, pero que no hacen una penitencia proporcionada con sus pecados. No basta, después de la confesión de graves culpas, una breve oración, una leve satisfacción impuesta, ó aceptada. La pena ha de guardar proporción con la culpa. La Penitencia que Dios nos exige como necesaria para nuestra salud es algo más que una breve oración, ó un acto piadoso de poco valor, y de fácil ejecución. La verdadera Penitencia tiene sus notas, tiene sus frutos, y por sus frutos se distingue de lo que se llama, y no es verdadera sino falsa Penitencia. Por eso nos dice hoy el Bautista que hagamos frutos dignos de Penitencia. Estadme atentos, y os diré qué es Penitencia y cuáles son sus verdaderos y saludables efectos.

—
¿Qué debemos entender por Penitencia? Considerada como Sacramento es la misma Confesión

(1) S. Ambr. Lib. 1.º de Penit., cap. 10.

sitaban á nadie; Susana corrió á abrir llevando en la mano su paleta.

«Vive aquí la señorita de Bruyère? dijo un caballero entrando resueltamente

—Si, señor, yo soy.

—Querria tener el honor de hablarla.

—Entre V. le dijo introduciéndole en el gabinete que le servia de estudio, donde se encontraba Amada; la saludó y como hombre de negocios tomó enseguida la palabra.

«Ha expuesto V. un cuadro de flores y aunque nadie se ha ocupado de él, sin duda por que no conoce V. á periodistas, me ha llamado la atencion. Revela talento, pinta V. bien las flores, las coloca con gracia y vengo á hacer á V. una proposicion. Tengo una fábrica de papeles pintados y necesito una artista que me haga croquis y dibujos para hacer progresar mi industria, que como todas las modernas tiende á entrar en la via del arte; ofrezco á V. 4.000 francos al año señorita..... aqui tiene V. mi tarjeta..... infórmese V. de mi casa y hágame el favor de darme una contestacion.» Susana iba á responder; pero Amada la cortó la palabra:

«Mi sobrina agradece la proposicion de V. y tendrá el honor de contestarle, despues de reflexionarlo detenidamente.

Breves momentos despues se levantó el fabricante y estuvo examinando varios bocetos de Susana pareciéndole muy apropósito para su industria.

«Qué felicidad tia mia! exclamó ésta en cuanto él se marchó, tendreis descanso y vivireis con holgoral que buena es la providencia! Oh! qué feliz soy! Pero pareceis pensativa?

—Hija mia respondió Amada con los ojos arrasados en lágrimas, yo esperaba algo mejor para tí, la reputacion tal vez la gloria y no ese trabajo vulgar..... No sacrifiques tu porvenir.....»

La jóven se puso de rodillas y besando las manos de Amada la dijo sonriendo á través de sus lágrimas:

«Querida tia á qué llama V. sacrificar-se? Podré dar á V. algun bienestar; á V. que me ha salvado del abandono; no agotará V. sus fuerzas en trabajos penosos; estará V. cuidada, será V. feliz, podrá V. socorrer á los pobres, á quienes tanto quiere; nada nos faltará, tendremos una vida tan tranquila, tan agradable, tan dulce, siempre unidas, sin separarnos nunca y á eso le llama usted sacrificarse! Ah! no tengo mas ambicion que la de complacer á V. y amarla! Déjeme V. esta gloria y este goce! no he trabajado mas que para conseguirlo...»

Amada movió la cabeza negativamente! no estaba convencida.

«Dios lo quiere; una vida modesta no vale mas para una mujer, que un vano renombre? Consienta V. querida tia!

—Es preciso hacer al fin lo que quieras! dejarme mimar por tí, niña mimada!

—Si sil dijo Susana calmándola de caricias.»

El plan de esta se realizó y con su trabajo, por el sacrificio del arte, tal vez de la gloria, á la ternura filial, creó á su protectora la vida mas dulce y tranquila que precedia como un hermoso pórtico precede á un majestuoso edificio, á los horizontes espléndidos de la eternidad.

Toda la felicidad que pueden proporcionar las afecciones mas puras, unidas á las mas sublimes esperanzas, Amada las disfrutó hasta el fin, y hoy su memoria vive, honrada y querida en el corazon de la hija á quien devolvió una madre y que en cambio la hizo encontrar á Dios. L.

